

“En ese tiempo era lo mejor”: memoria de las prácticas de producción campesina en los Andes de Nariño, Colombia

Mauricio Chamorro Rosero¹

Resumen

La mayor parte de prácticas desarrollistas, desplegadas en América Latina a partir del siglo XX, han pretendido que las comunidades campesinas se integren gradualmente al sistema productivo capitalista. Sin embargo, más allá de alcanzar este objetivo, las prácticas desarrollistas impulsadas por los gobierno nacionales, e inspiradas en proyectos globales, ocasionaron que los campesinos pierdan sus formas tradicionales de producción, pasando a ser dependientes del mercado. Comprender estas formas de producción es una tarea indispensable para los estudios agrarios que se concentran en la región andina. Así pues, en este breve ensayo se pretende explorar los usos de la memoria como una alternativa para comprender las prácticas de producción campesina que estaban presentes antes de los procesos de cambio agrario en Nariño.

Palabras clave: Memoria; Prácticas de producción campesina; Modernización; Cambio agrario.

Abstract

Most of the developmentalist practices, deployed in Latin America since the 20th century, have sought that peasant communities gradually integrate into the capitalist productive system. However, beyond achieving this goal, developmental practices promoted by national governments, and inspired by global projects, caused farmers to lose their traditional forms of production, becoming market dependent. Understanding these forms of production is an indispensable task for agricultural studies that focus on the Andean region. Thus, this brief essay aims to explore the uses of memory as an alternative to understand the practices of peasant production that were present before the processes of agrarian change in Nariño.

Keywords: Memory; Peasant production practices; Modernization; Agrarian Change

¹ Abogado y Sociólogo, Especialista en Estudios Latinoamericanos, Magister en Antropología por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales. Profesor de la Facultad de Derecho de la Universidad Cooperativa de Colombia-Pasto y del programa de Sociología de la Universidad de Nariño.

Introducción

*“Ayer se fue; mañana no ha llegado;
hoy se está yendo sin parar un punto:
soy un fue, y un será, y un es cansado.”*

Francisco de Quevedo

Los procesos modernizantes en América Latina, implementados en el transcurso del siglo XX y soportados sobre la “impostura desarrollista” (Latouche, 2007), observaban a los campesinos como una población sobrante que se encontraba por fuera –o en la periferia– del sistema imperante. Esto dio lugar a la implementación de modelos, planes y proyectos de desarrollo con el propósito de incluir a los campesinos en el sistema productivo capitalista a partir de generar procesos de cambio agrario (Bernstein, 2011). Sin embargo, el propósito no se cumplió y, por el contrario, los campesinos, que antes de los procesos modernizantes se caracterizaban por poseer una economía específica, pasaron a ser dependientes del mercado.

Para el caso de Colombia, el cambio agrario producto de los procesos modernizantes inició con una serie de reformas agrarias. De esta manera, durante el siglo pasado el país soportó tres reformas agrarias que obedecían a proyectos hegemónicos mundiales: la reforma agraria de espíritu liberal de 1936, la reforma agraria proteccionista –consecuencia de la implementación del modelo de Industrialización por Sustitución de Importaciones– y la reforma agraria de 1994 de carácter neoliberal y que aún se encuentra vigente. Estos intentos fallidos de reforma agraria se acompañaron con la creación de instituciones gubernamentales y la implementación de paquetes tecnológicos y económicos.

Con el firme propósito de alcanzar el cambio agrario, las políticas agrarias de Colombia, desde la primera reforma agraria hasta la actual política que pretende una redistribución de la tierra a partir del mercado, han desarticulado lógicas sociales y económicas sobre las cuales se sostenía la economía campesina. Lo anterior ha desencadenado una serie de modificaciones que comprenden desde el uso de la tierra, pasando por la dieta alimentaria, hasta la pérdida de las prácticas de producción campesina.

Así pues, el presente trabajo procura responder al siguiente interrogante: ¿cómo persisten en la memoria las prácticas de producción campesina tras los procesos de cambio agrario? En este sentido, como asegura Elizabeth Jelin, “la urgencia de trabajar sobre la memoria no es una inquietud aislada de un contexto político y cultural específico. Aunque intentemos reflexiones de carácter general, lo hacemos desde un lugar particular” (Jelin, 2002: 3). Por esa razón, para responder este interrogante se acudirá a distintas fuentes teóricas y,

principalmente, a la conversación con una mujer campesina que sobrellevó las transformaciones de la producción agraria en Colombia.

La memoria como posibilidad crítica al historicismo: nuevos productores del discurso histórico

Los trabajos sobre la memoria se han presentado relegados por los estudios históricos que, a partir del siglo XIX, establecieron al historicismo en una posición hegemónica dentro de las otras posibilidades de hacer historia. Según Walter Benjamin (2005), hay tres argumentos fundamentales pregonados por el historicismo que le permitieron alcanzar esa posición. El primer argumento es la creencia de una historia universal. El segundo es suponer que la historia es algo que se permite narrar. Por último, el historicismo posee una empatía con el vencedor. Gracias a estos argumentos el historicismo se convirtió en el método histórico por excelencia, ya que permitió enmarcar la historia en la idea de progreso y legitimar procesos homogeneizadores, como la construcción de la nación. De esta manera, la producción del discurso histórico estaría en manos de los vencedores, de las élites que utilizan la historia para fines particulares.

La crítica al historicismo que realiza Benjamin se concentra, fundamentalmente, en esa pretensión de totalidad que “levanta una imagen ‘eterna’ del pasado” (Benjamin, 2005: 26). Por consiguiente, con el afán historicista en la elaboración de una continuidad, Benjamin asegura que debe hablarse de una *discontinuidad histórica* que se opone claramente a la continuidad de la historia, así como de la imposibilidad de hablar de una historia universal y, más bien, acercarse a tratar la pluralidad histórica.

A diferencia del historicismo, la memoria, al igual que la genealogía de la historia de la que habla Michel Foucault, “no busca reconstruir el centro único del que provenimos, esa primera patria donde los metafísicos nos prometen que volveremos: intenta hacer aparecer todas las discontinuidades que nos atraviesan” (Foucault, 1980: 27). Como resultado de esto se desvanece la *razón general* que explica el conjunto de la historia, y se perfila la importancia de las diversas racionalidades que habitan en ella, haciéndola plural y llena de matices, rompiendo una orientación teleológica y dejándola fluir como lugar de lo disperso.

En Benjamín y Foucault hay una crítica a la lectura histórica hegemónica que descansa sobre la continuidad y la empatía con los vencedores. Igualmente, en estos autores se aprecia el cambio del productor del discurso histórico: Foucault habla de los sujetos subordinados, sujetos que son productores de saberes que habían sido descalificados por las posiciones dominantes; y Benjamín afirma que “la construcción histórica está consagrada a la memoria de los *sinnombre*” (Benjamín, 2005: 50), la cual posibilita el establecimiento de un *tiempo histórico* que reconoce a los silenciados.

Más allá de presentar una crítica al historicismo, Paul Ricoeur (2003) asegura que la memoria es el vínculo original de la conciencia con el pasado. No obstante, se debe “reconocer a las memorias como objeto de disputas, conflictos y luchas, lo cual apunta a prestar atención al rol activo y productor de sentido de los participantes en esas luchas, enmarcados en relaciones de poder” (Jelin, 2002: 2), lo que inevitablemente lleva a una reinterpretación –a partir de sensaciones y recuerdos– del sentido histórico de los sucesos acaecidos.

Es importante mencionar que la aparente singularidad de la memoria no le resta el potencial comprensivo e interpretativo de la trama social, ya que las memorias individuales están siempre enmarcadas socialmente, siendo portadoras de la representación general de la sociedad. Además, la memoria incluye una visión del mundo que se encuentra animada por valores sociales (Jelin, 2002: 20). Finalmente, “la memoria actúa en el presente para representar el pasado. Esa representación es extremadamente compleja, no es una simple reproducción, sino una interpretación” (Schwarzstein, 2001: 75) que se encuentra en las manos de los *sin nombre* y que tienen por labor “construir un ‘compromiso nuevo’ entre el pasado y el presente” (Jelin, 2002: 27).

Memoria de las prácticas de producción campesina: “la familia crecida” y “la llevada de los chindes”

Mila Rosero es una señora de 77 años de edad, de piel trigueña –en la que se percibe la rudeza de las labores del campo–, compostura ancha –que con su carácter la hacen parecer toda una matrona– y una sonrisa esplendida –de esas que hacían pensar a Charles Baudelaire en un *bello rostro de gigante*. Tiene seis hijos, tres mujeres y tres hombres; diez nietos y dos bisnietos. Hace varios años llegó a la ciudad de Pasto proveniente de un pequeño pueblo de los Andes de Colombia, al sur del departamento de Nariño, llamado Gualmatán. Tuvo que migrar a la ciudad hace 26 años; las razones... las que desde siempre nos han mantenido unidos y ahora nos tienen en la banca de la cocina conversando: cuidar a su primer nieto (yo).

Siempre me ha producido admiración –además de cariño y amor– mi abuela. Una mujer fuerte que tuvo que asumir desde siempre la responsabilidad económica y del cuidado de una familia numerosa. Constantemente me ha dicho que desde niña trabajó con su papá en el campo. Cuando conversa sobre su niñez siempre recuerda a sus padres y abuelos. Por uno de sus abuelos llevo mi nombre, Mauricio. Como mi abuela eligió mi nombre, en honor –como dice ella– de su abuelo más querido, persistentemente he rememorado la frase del poeta israelí Yehuda Amijai cuando escribió sobre su padre: “Y por amor a la memoria llevo sobre mi cara la cara de mi padre”. Creo que con los nombres sucede algo similar, por amor a la memoria –de mi abuela– llevo sobre mí el nombre que me eligieron.

Pocas veces escribo de la manera en que lo estoy haciendo (creo que es evidente cuando se leen las dos primeras partes de este breve ensayo). Sin embargo, cuando se tiene que escribir

sobre algún ser amado, se tiene la idea de ser un solitario. Así pues, escribo estas cortas líneas a partir de una conversación con mi abuela, la cual tenía la intención de auscultar los recuerdos sobre la producción agrícola antes de los procesos de cambio agrario. Es necesario señalar que los procesos de cambio agrario desarticularon varias formas de producción campesina y afectaron varias prácticas comunitarias y de reciprocidad, como *la minga* y el *brazo prestado*. Estas formas de producción campesina constituían la trama social, por lo que muchos acontecimientos de la cotidianidad se habían presentado en estos escenarios. Las formas de producción campesina, anteriores a los procesos de cambio agrario, aún son recordadas con nostalgia, pero también con el temor de ser condenadas al olvido, como los campesinos que las practicaban.

Si se tiene en cuenta que la familia campesina –como punto de partida de la organización de la unidad económica campesina– “define ante todo los límites máximo y mínimo del volumen de su actividad económica” (Chayanov, 1985: 47), es plausible entender que el trabajo agrícola campesino requiere de una unidad de producción mayor a la unidad de consumo. De ahí que las familias campesinas acudan a prácticas de reciprocidad y parentescos rituales (como el compadrazgo), incrementando el número de miembros y configurando una familia ampliada o, como mi abuela lo dijo, una “familia crecida”:

[...] ahora se paga peones al día para la cosecha, antes era la familia crecida con mujeres y hombres los que hacían el trabajo. También el compadre Pablo Vallejo y el finado Daniel Hormaza ayudaban, y nosotros también íbamos a ayudarles a las cosechas y a las siembras a ellos [...] cocinábamos una olla grande de choclos, habas, arracachas y papas para todos. (Entrevista a Mila Rosero, Pasto, octubre 10 de 2013)

La conversación sobre la producción agrícola nos lleva a un momento demasiado nostálgico que recuerda la idea de “heridas de la memoria” de Elizabeth Jelin (2002). Este momento es la descripción del trabajo que mi abuela hacía en Gualmatán. Cuando le pregunté sobre la labor que ella hacía en la siembra y la cosecha, mi abuela recuerda a varios amigos y amigas, algunos que ya murieron y otros que no ha mirado hace muchos años, y me asegura que si no le hubiera preguntado sobre el tema, ella ya tenía a sus amigos de infancia olvidados de su memoria. En este sentido, “visto en perspectiva, como el tiempo del recuerdo vivido es tan corto, si juzgamos sabiamente, ‘ya somos el olvido que seremos’, como decía Borges” (Abad, 2011:273).

Mi abuela distingue una a una las labores que le correspondían, las cuales dependían de la edad. Cuando ya era una mujer adulta, mi abuela asegura que realizaba las mismas labores que lo hombres: “sin miedo trabajaba con la pala y el cuto”. Sin embargo, la labor que ella más recuerda es la de su pasado más remoto, cuando aún era niña.

Antes habían unos chindes, que son tazas de bejuco. En esos tendíamos hojas de achira para encima poner los alimentos. Los niños cargábamos los chindes y les llevábamos la comida a los que estaba trabajando. Caminábamos arto, pero en el camino íbamos jugando [...] llevábamos artas cosas: papas, habas, ollocos y ocas. (Entrevista a Mila Rosero, Pasto, octubre 10 de 2013)

La labor que realizaba mi abuela con la “llevada de los chindes” es, para ella, una labor indispensable en la producción campesina. Al no existir un pago en forma de salario, los trabajadores que acudían a la siembra y a la cosecha –que eran miembros de la familia ampliada y vecinos– recibían en forma de regalo los alimentos. Asimismo, con respecto a la familia ampliada podríamos decir que “una de las consecuencias más directas de la extensión del grupo exogámico por medio de lazos de parentesco ritual fue presionar sobre los requisitos existentes para suministrar una fuerza de trabajo estable” (Mintz y Wolf, 1994: 382). No podemos omitir que la reproducción de la familia campesina también se ve entretejida por la economía moral de la que nos habla E.P Thompson (1991), donde los lazos de descendencia común y las relaciones recíprocas se manifiestan. No obstante, las formas de producción campesina han cambiado debido a la modernización del sector rural y nuevas prácticas sociales y culturales:

En ese tiempo era lo mejor, ahora quedan muy pocas personas que ayuden. Por eso ahora también se ha terminado el cultivo. Es caro sembrar y cosechar, toca pagar al peón un jornal [...] la gente ya no trabaja si no es por plata. (Entrevista a Mila Rosero, Pasto, octubre 10 de 2013)

Las palabras de mi abuela –desde Benjamin una *sinnombre*– reflejan el cambio de la producción posterior al cambio agrario: la proletarización del sector rural es una característica desde hace varias décadas. Sin embargo, esas memorias de la producción agraria campesina que aún se conservan, son aniquiladas por el duro peso de la historia oficial y el desarrollo (cambio agrario), al que no le ha importado mandar a todos al olvido.

Conclusiones.

Como afirma Dora Schwarzstein, “la memoria, como interpretación de hechos del pasado está mezclada con silencios, errores y contradicciones. Esto no apunta a la no fiabilidad de la memoria como fuente histórica, sino que da cuenta de la complejidad y riqueza de la experiencia humana” (2001: 76). Además, respecto a la oralidad de la narrativa histórica la autora ha manifestado lo siguiente:

La historia oral nos brinda elementos para comprender las maneras en que la gente recuerda y construye sus memorias. Se trata de un método que crea sus propios documentos, documentos que son por definición diálogos explícitos

sobre la memoria, con el entrevistado triangulando entre las experiencias pasadas y el contexto presente y cultural en el que se recuerda. Los testimonios orales no son un simple registro, más o menos adecuado de hechos del pasado. Por el contrario, se trata de productos culturales complejos. (Dora Schwarzstein, 2001: 73)

“Para recordar hay que imaginar” (Didi-Huberman, 2004: 10), ello fue lo que sucedió con mi abuela durante la conversación. Mientras ella recordaba, inmediatamente se imaginaba a todas las personas que han pasado por su vida en ese determinado momento, una rememoración de sus amigos, de los cuales ahora –en muchos casos– no sabe nada. Los recuerdos de mi abuela representan una narrativa oculta por la lectura del historicismo, dónde el progreso se presenta de forma teleológica. Los productores del discurso histórico cambian cuando se presenta la perspectiva desde la memoria.

Por último, creo que la conversación con mi abuela no solo representó un ejercicio de memoria para ella, también significó una remembranza con mis sentimientos e imágenes, que ahora me permiten pensar lo que Abad pensó de su padre: “Lo que sí sabía, y ese, quizá, es otro de nuestro frágiles consuelos, es que yo lo iba a recordar siempre, y que lucharía por rescatarlo del olvido al menos por unos cuantos años más, que no sé cuánto duren, con el poder evocador de las palabras” (Abad, 2011: 273).

Bibliografía

- Abad, Héctor (2011). *El olvido que seremos*. Bogotá: Planeta
- Benjamín, Walter (2005). *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*. México: Contrahistoria
- Bernstein, Henry (2012). *Dinámicas de Clase y Transformación Agraria*. México D.F.: Miguel Ángel Porrúa
- Chayanov, Alexander (1974). “La familia campesina y la influencia de su [ciclo de] desarrollo en la actividad económica”. En: *La organización de la unidad económica campesina*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión
- Didi-Huberman, George (2004). *Imágenes pese a todo. Memoria visual del holocausto*. Barcelona: Paidós
- Foucault, Michel (1980). “Nietzsche, la genealogía, la historia”. En: *La microfísica del poder*. Madrid: Edissá
- Jelin, Elizabeth (2002). *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo XXI
- Latouche, Serge (2007). *Sobrevivir al desarrollo. De la descolonización del imaginario económico a la construcción de una sociedad alternativa*. Barcelona: Icaria.
- Mintz, Sidney y Eric Wolf (1994). “Análisis del parentesco ritual (compadrazco).” En: *Cosmos, Hombre y Sacralidad*. Rueda y Moreno (Comp). Quito: PUCE y Abya Yala.: 371-411

Ricoeur, Paul (2003). *La memoria, la historia, el olvido*. Madrid: Editorial Trotta

Schwarzstein, Dora (2001). “Historia Oral, memoria e historias traumáticas”. En: *Historia Oral* 4. P.p. 73-83

Thompson, Edward Palmer. (1991). *Costumbres en común*. Barcelona: Crítica Grijalbo Mondadori.

Entrevista a Mila Rosero (San Juan de Pasto, Octubre 10 de 2013)